

LECCION II.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO TERCERO.

La oveja descarriada. — Bendición de los niños. — Anuncio de la Pasión. — Conversión de Zaqueo.

Todas las palabras, milagros y acciones del Mesías se dirigían á un mismo fin, la redención del hombre. Con sus palabras desvanecía las tinieblas del error y de la ignorancia, con sus milagros probaba su divinidad, y manifestaba con sus acciones su tierna compasión hacia nuestras miserias. En una palabra, su vida entera tendía á arrancar al linaje humano del deplorable estado en que le había sumido el pecado. Con su bondad y su familiaridad quería desvanecer ese temor universal y servil que el hombre tenía á Dios, y todo decía en él: No temais, Dios está apaciguado; mi Padre os tiende los brazos para recibirlos. Y para mostrar directamente esta consoladora verdad, contó la parábola del buen pastor y la del hijo pródigo. Rejámonos para oírlas.

Un pastor, dice, tiene un rebaño de cien ovejas, y las ama á todas y las guarda con precaución; mas á pesar de su vigilancia se pierde una de sus ovejas. ¿No es verdad que, apenas lo advierte, deja las otras noventa y nueve en los ricos pastos del desierto, y corre con afán tras la oveja que ha abandonado al pastor? La busca por todas partes, y no toma descanso alguno hasta que la ha hallado, y cuando tiene la dicha de conseguirlo, no le dirige quejas ni la castiga con su mano, sino que la aplica sobre su espalda, y él mismo la lleva al redil para ahorrarle el cansancio de la vuelta. Al llegar á su casa, reúne á sus amigos y vecinos. Felicitadme, les dice, y participad de mi alegría, porque he encontrado la oveja que había perdido.

Este es, dijo en conclusión el Señor, el retrato de vuestro Padre celestial. En verdad os digo, que la conversión de un solo pecador causa en el cielo una alegría mayor y mas viva que la perseverancia de noventa y nueve justos que, no habiéndose extraviado, no necesitan penitencia.

Y ¿quién es el pecador que tema ahora volver á Dios? Pues qué, ¿acaso la oveja vuelta al redil es mas digna de amor por haber estado largo tiempo extraviada? ¿El pecador es por ventura mas digno de favores por haber merecido severos castigos? No, sin duda; pero la alegría del recobro se mide por el dolor que había causado la pérdida. Un justo que persevera se atrae un aprecio uniforme y goza de una

complacencia siempre igual, y un pecador convertido hace cesar pesares, enjuga lágrimas, da consuelo, y reanima una alegría que parecía extinguida para siempre.

El Salvador añadió á la parábola de la oveja descarriada otra mas consoladora aun y destinada únicamente á confundir al justo orgulloso y á animar al pecador arrepentido.

Dirigióse á los Fariseos que le echaban en cara el prodigar á los pecadores los cuidados de su ternura, y les dijo: Un hombre tenía dos hijos, y el mas jóven de los dos dijo á su padre: Dadme la parte de hacienda que me pertenece. Y el padre, dividiendo sus bienes en dos partes, dió á cada uno la que le pertenecía.

Un jóven con mucha riqueza y demasiada libertad se expone siempre á grandes peligros, y no tardó en experimentarlo así el menor de los dos hermanos. Poco tiempo despues de la particion reúne todo su patrimonio, parte, y para no ver mas á su padre ni su casa paterna se va á un país lejano.

Libre de toda vigilancia y sin recibir ninguna amonestacion, el jóven gastó sus bienes en el lujo y los excesos, y para colmo de desgracia, cuando nada le quedaba, un hambre terrible asoló el país donde se había retirado, y empezó á faltarle lo mas necesario. ¿Qué partido tomar para tener pan? Se vende. ¡Ha abandonado á un padre, y necesita crearse un amo! Y entra al servicio de un habitante del país que lo envía á un cortijo á guardar puercos. ¡Había vendido su libertad por la cual había arrojado el yugo de la autoridad paterna! ¡Vedle, al hijo de una casa opulenta, guardando puercos! Noble jóven, ¡en qué estado has caído!

Todos estos sacrificios no llegaron á proporcionarle lo mas necesario, y envidiaba á los puercos el vil alimento que les veía comer, y que no le permitían tocar. Reducido al último extremo, el pródigo volvió en sí, y dijo suspirando: ¡Cuántos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan en abundancia, y yo me muero aquí de hambre! Partiré, y me presentaré á mi padre diciéndole: Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos; no merezco ya llamarme hijo vuestro, mas recibidme en el número de vuestros criados.

Pero, ¿cómo se atreverá á presentarse delante de su padre á quien tan indignamente ha abandonado, y delante de su hermano y de las personas de la casa en el mísero traje á que se ve reducido? « Me lo » represento, dice un piadoso autor, semejante á uno de esos mendigos » desfigurados por el hambre y despojados por la pobreza que no » tienen mas que harapos que les cubren apenas y caen á pedazos, y » que viven trabajosamente con algunas limosnas que alcanzan de los » transeuntes á fuerza de importunarles. ¿No iba á aumentar el enojo » de su padre presentándose en tal estado? ¿No iba á exponerse á » ser desconocido? »

Nada le detiene; se pone en camino y se dirige hácia la casa paterna. Aun estaba de ella muy distante, cuando le ve su padre, pues los harapos y la miseria nunca desfiguran bastante á un hijo para que le desconozcan. Conmuévase el corazón de su buen padre, que corriendo al encuentro de su hijo, le tiende sus brazos y lo estrecha contra su seno. Padre mio, le dijo el pródigo confuso y enternecido, he pecado contra el cielo y contra vos, y no merezco llamarme hijo vuestro.

El buen padre, embriagado de felicidad, llama á sus criados sin responder á su hijo, sin dirigirle una palabra de queja y reprension, y hasta sin darle tiempo para acabar de hablar: Traed aquí, dice, prontamente la ropa mas preciosa de mi hijo y vestídle; ponedle un anillo en su mano y calzado en sus piés, y traed un ternero cebado, y matadlo, y celebremos un banquete. Alegrémonos, porque mi hijo era muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y ha sido hallado. Dice, y se sientan á la mesa, se llaman músicos, y reina una inmensa alegría.

El hijo mayor se paseaba durante esta escena por el campo, y al volver á su casa oyó la armonía de la música, y llamando á uno de los criados le preguntó la causa de aquel imprevisto regocijo. El criado le respondió: Vuestro hermano ha venido, y alborozado vuestro padre por haber hallado á un hijo que no esperaba volver á ver mas, ha hecho matar un ternero cebado. Al oír esta nueva el hijo mayor se indigna, y se resuelve á no entrar en casa; pero informado del suceso el tierno padre, sale y le suplica que entre para poner con su presencia el colmo á su felicidad. ¡Cómo! dijo á su padre en tono de queja: Hé aquí tantos años que os sirvo sin traspasar jamás uno solo de vuestros mandamientos, y nunca me habeis dado un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos; mas ese otro hijo que se ha comido su hacienda en los excesos, vuelve harapiento y arruinado, y mandais que maten un ternero cebado y celebrais un espléndido banquete! Hijo mio, responde con dulzura el buen padre, tú siempre estás conmigo, todos mis bienes son tuyos, y tienes entera libertad de disponer de ellos. ¿Qué es, en comparacion de una amistad tan liberal y constante, una fiesta pasajera que exigia la circunstancia? Era preciso celebrar un banquete y que reinara el regocijo en casa, porque tu hermano era muerto, y ha resucitado, y se habia perdido para tí y para mí, y ha sido hallado.

¿Dónde encontraremos una parábola mas interesante y mas fecunda en motivos de consuelo para los pecadores penitentes, y en reflexiones útiles para los justos presuntuosos? El Salvador alienta á los primeros, mostrándoles abiertamente la misericordiosa bondad del Padre que les espera, y dándoles la seguridad de que pueden, cualquiera que sea su estado, rehabilitarse por medio del arrepentimiento; porque

este es hermano de la inocencia. Y el divino Maestro enseña á los segundos la caridad, la humildad y la excelencia de los beneficios continuos que gozan en su servicio, y de los cuales no se muestran siempre bastante reconocidos.

Después de este discurso tan digno del que habia venido al mundo para salvar todo lo que habia perecido, el Salvador hizo una accion que descubre toda la bondad y amabilidad de su corazón.

Un dia que instruía á sus discípulos, y ellos le escuchaban con extraordinaria atencion, un gran número de padres y madres fueron á presentarle sus niños, pidiéndole que les impusiera las manos, recitase sobre ellos algunas oraciones y los tocara. Los Apóstoles, que estaban muy ocupados con las lecciones que les daba el divino Maestro, y en cuyos corazones no reinaban aun los sentimientos de bondad de que estaba penetrado el de Jesús, alejaban á los padres y á los niños. Y cuando lo advirtió Jesús, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbéis; porque de ellos y de los que se les parecen por el candor, la ingenuidad y la inocencia es el reino de los cielos. En verdad os digo que el que no se someta al Evangelio con la sencillez de un niño, no entrará en el reino de Dios.

Preciso es que esta amable virtud sea muy grata á Jesucristo, pues no pierde ocasion alguna de elogiárnosla y recomendárnosla como la virtud propia del Evangelio. Nuestra desgracia consiste en apartarnos todos los dias de cada vez mas del espíritu del divino Maestro, pues el mundo cristiano se llena no de niños sino de filósofos, está desacreditada la infancia evangélica, no queremos ver ya en nuestra fe oscuridad ni misterios, y separamos de nuestros usos las prácticas de la piedad y los signos exteriores de una devocion comun. Dejamos de ser sencillos, es decir, que lisonjeándonos de ser sabios, dejamos de ser en verdad sensatos y sólidamente razonables.

El Salvador mandó, pues, que dejasen acercar todos aquellos niños, los abrazó unos después de otros, les impuso las manos, y los despidió colmados de sus bendiciones. Para poner para siempre su inocencia al abrigo del escándalo, tomó ese aire de majestad que solo corresponde á un Dios, declarando que si alguno escandalizase á uno de aquellos niños, le valdria mas ser arrojado en el mar con una rueda de molino al cuello; y finalmente, para asegurar la proteccion, el respeto y los cuidados que reclama su edad, añadió: En verdad os digo, que todo lo que hagais al menor de estos niños, lo haréis á mí mismo. Así es como el Reparador universal rehabilita la infancia, que la hace santa y sagrada; la infancia que entre los pueblos paganos era una víctima que entregaban sucesivamente á la muerte y á la corrupcion, y sacrificaban sin compasion á divinidades infames.

La vida mortal del Hijo de Dios tocaba en tanto á su término. La

voluntad de su Padre le llamaba á Jerusalem, y partió con sus Apóstoles sembrando en su camino lecciones saludables y ruidosos milagros. Desde el día de su partida, solo le quedaban quince para vivir, hasta la consumacion de su sacrificio. Vamos á Jerusalem, dijo á sus Apóstoles, donde se cumplirán todos los oráculos pronunciados por los Profetas relativos al Hijo del Hombre, y será entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los Escribas y á los ancianos del pueblo. Le condenarán á muerte, le abandonarán á los gentiles, le cubrirán de oprobios, le insultarán de todos modos, le escupirán en el rostro, le azotarán, le clavarán en una cruz, donde morirá, y resucitará al tercer día. Y al decir esto estaba sereno y lleno de alegría. Durante el camino curó el orgullo de los hijos del Zebedeo que ambicionaban los primeros puestos en su reino, y restituyó la vista á un ciego.

Llegaron por la tarde á las cercanías de Jericó, donde el Salvador permaneció tres días. Hallábase allí cuando Marta y María le enviaron un expreso para avisarle que su hermano Lázaro estaba enfermo, y rogarle que fuera á curarlo. Andá, respondió Jesús al enviado, y dí de mi parte á Marta y á María que esta enfermedad de su hermano no es para muerte, sino para hacer brillar la gloria de Dios y probar la divinidad de su Hijo.

Sin embargo, Lázaro había muerto algunas horas despues de la partida del enviado; el divino Maestro no lo ignoraba, y al aplazar el momento de ir al lado de sus hermanas, sabia muy bien la prueba en que iba á poner su fe. Pero el Salvador reserva para las almas queridas las mayores aficciones, porque para ellas prepara los mayores favores. Por otra parte, resuelto á hacer en la resurreccion de Lázaro y á las mismas puertas de Jerusalem (porque Betania solo distaba una legua de esta ciudad) un milagro tan ruidoso que quedase al menos confundida la incredulidad de la Sinagoga si no queria dejarse vencer, permaneció en el mismo paraje durante dos dias enteros, y continuó visitando con sus Apóstoles, tan tranquilamente como antes, el país de Jericó.

Antes de alejarse de allí para siempre quiso hacer una de esas conversiones singulares cuyo recuerdo han tenido tanto mas cuidado de conservarnos los Evangelistas, cuanto lo juzgaron el mas á propósito para ser á la vez el atractivo y el modelo de la penitencia, en una condicion en que la opulencia hace muchos pecadores.

Al pasar Jesús por medio de Jericó, seguido de una gran multitud de pueblo, un hombre, que mucho tiempo hacia deseaba ver al gran Profeta, tuvo noticia de que pasaba, y para no perder la ocasion corrió á salirle al encuentro en su camino. Este hombre se llamaba Zaqueo; era el jefe de los publicanos del país, y gozaba de una gran fortuna; pero siendo de pequeña estatura, é impidiéndole la multitud el ver á Jesús, se alejó de ella, concibió la idea de correr un corto

trecho hácia adelante, y habiendo visto un sicomoro en el borde del camino, se dió prisa á subirse en él. El Salvador continuaba en tanto andando, y al llegar cerca del árbol se paró, alzó los ojos hácia el que habia subido en él para verle, y le dijo: Zaqueo, baja al momento, porque deseo hospedarme hoy en tu casa. Zaqueo, que no aspiraba á tanta gloria, bajó apresuradamente, y acompañó al Salvador á su casa, no cabiendo en sí de gozo al ver á su mesa al Cristo, enviado por Dios para la salvacion de Israel. Este espectáculo era eminentemente edificante; pero la aversion de los Judíos para con los publicanos era tan insuperable, que en presencia del mismo Salvador murmuraban en voz alta de que se hubiera detenido en casa de un publicano ó pecador; porque estas dos palabras se usaban indiferentemente en el país bajo un mismo sentido.

Jesús no contestó á esta acusacion, que habia recibido ya muchas veces de parte de los Escribas y Fariseos; pero Zaqueo no hizo caso, y confundió á los que murmuraban, haciéndoles ver que un publicano humilde y de buena fe merecia de parte de Dios una acogida favorable, de que eran indignos los críticos altivos y los orgullosos Doctores. Aproximóse al Señor, y quedando en pié ante él en presencia de todos los circunstantes, le dijo: Ahora que he tenido la dicha de veros y oiros, menosprecio las riquezas; desde este instante doy á los pobres la mitad de mis bienes; voy á examinar además si lo que me queda me pertenece legítimamente; y si en algo he defraudado á alguno, se lo devolveré en el acto cuadruplicado.

Ya habréis advertido que Zaqueo no habla de abandonar las rentas públicas, pues cuando hay resolucion de manejarlas de tal suerte, puede uno conservar sus empleos. Contento el Salvador con la rectitud de Zaqueo, se volvió hácia él con bondad, y mostrándole á los que acababan de ser testigos de sus sentimientos, les dijo: El amo de esta casa y todos los que le pertenecen han encontrado hoy la senda de la salud; Zaqueo es un verdadero hijo de Abraham. Hé aqui de qué modo el Hijo del Hombre vino á buscar y salvar todo lo que habia perecido.

Se cree que el Salvador salió de casa de Zaqueo á las tres de la tarde, y tomó el camino de Betania con sus discípulos. Vamos, les dijo, no perdamos tiempo; nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy á sacarle de su sueño. Señor, respondieron los Apóstoles, si Lázaro duerme, es indudable que está mejor y se curará. Jesús hablaba bajo el nombre de sueño de la muerte de Lázaro. Los Apóstoles no le entendieron, y les dijo entonces claramente: Lázaro es muerto, y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que se fortalezca vuestra fe. Mas vamos á él.

El Salvador curó dos ciegos en el camino, porque los desgraciados le pedian milagros, así como pedian á los demás una pequeña limosna.

Llegaron á Betania á eso de las nueve de la mañana. Hacia cuatro dias que Lázaro habia muerto, y un gran número de Judíos habian ido á ver á Marta y á María para consolarlas. La casa estaba llena de estos consoladores con frecuencia onerosos, y al menos insuficientes, para los corazones íntimamente enternecidos, cuando se hizo anunciar el divino Maestro.

Apenas oyó Marta pronunciar el nombre de Jesús, corrió á su encuentro, y le dijo: Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiese muerto. Pero yo sé que aun ahora Dios os concederá todo lo que le pidais. Solicitábase con estas palabras el mayor de los prodigios de un modo igualmente eficaz y respetuoso.

El Salvador respondió con una verdad general que dejaba entrever buenas intenciones, sin descubrirlas enteramente. Tu hermano resucitará, dijo á Marta. Ya sé, respondió ella, que resucitará en el último dia, en la resurreccion general de todos los muertos. Sabes tambien, continuó el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida. Todo el que cree en mí, aunque hubiere muerto pasajeramente en la tierra, vivirá eternamente en el cielo. ¿Crees esto? Si, Señor, respondió Marta, porque he hecho profesion de creer que sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que habeis venido al mundo. Marta corrió á su casa, separó á su hermana de entre sus comunes amigos, y le dijo en secreto: El Maestro está aquí, y te llama.

La ferviente María no se lo hizo repetir; desapareció en el acto, corrió hácia Jesús, y le encontró en el paraje donde su hermana le habia dejado. El Salvador no habia dado un paso en direccion de la casa, y se hallaba aun con sus discípulos en la entrada del pueblo. Lázaro estaba enterrado en aquella parte y fuera de las murallas, y el Señor no queria entrar hasta que se efectuase el milagro. La salida precipitada de María llamó la atencion de todos los Judíos que estaban ocupados en consolarla cuando la vieron desaparecer, é imaginando que en un acceso súbito de dolor corria al sepulcro de su hermano para regarlo con sus lágrimas, salieron detrás de ella y la siguieron.

María no corria con tanto afán hácia el sepulcro de un muerto, sino al lado del verdadero Consolador de las almas fieles. Habia llegado antes que los Judíos, y arrojándose á los piés de su divino Maestro, le dijo: ¡Ah! Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiese muerto. Y al decir estas palabras prorumpió en llanto, y los mismos Judíos que habian venido con ella no pudieron contener las lágrimas.

Este espectáculo enterneció al Señor, que sintió un secreto estremecimiento, y quedó como sobrecogido. Dijo despues á los presentes: ¿En dónde le pusisteis? Venid, Señor, le dijeron, y lo veréis. Al llegar cerca del sepulcro Jesús dejó que se vertiesen sus divinas

lágrimas. Quería enseñarnos que si se exige la sumision en la muerte de un amigo, no está vedado el llanto. Los Judíos repararon en estas lágrimas tan dignas de su atencion, y decian unos: ¡Ved cómo le amaba! Este hombre de los milagros, decian otros, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber impedido la muerte de su amigo? Jesús se estremeció otra vez, y fué al sepulcro.

Era una gruta cerrada con una gran losa. Quitad la losa, dijo. ¡Ah! Señor, exclamó Marta, hace cuatro dias que mi hermano es muerto, y su cadáver ya hiede. Marta, le respondió el Salvador, ¿no te he dicho que si tuvieras fe verias á Dios glorificado? Quitaron, pues, la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, y alzando entonces Jesús los ojos al cielo, dijo: Padre mio, gracias os doy porque me habeis concedido lo que secretamente os pedia desde el fondo de mi corazon. Yo bien sabia que siempre me oís; pero lo digo por este pueblo que me rodea, para que sepa que Vos me habeis enviado. Habian abierto en tanto el sepulcro, y desde la boca de la gruta se veia el muerto tendido allí cuatro dias hacia. El cadáver exhalaba un hedor sepulcral al través de la mortaja que lo cubria.

El Salvador alzó la voz, y pronunció distintamente estas palabras: Lázaro, levántate y sal del sepulcro. Y en el mismo punto Lázaro se levantó, atados los piés y manos con vendas, cubierto el rostro con un sudario, y envuelto el cuerpo en una sábana. Desatadle, dijo Jesús, y dejadle ir. Obedecieron á Jesús, y Lázaro se unió á la multitud para llevar á su Salvador á su casa de Betania. ¿Quién podrá expresar los sentimientos del muerto resucitado, la alegría de las dos hermanas, el aumento de su fe y los transportes de su reconocimiento? Para muchos de los Judíos de Jerusalem, consoladores de Marta y María, fué una gracia bien preciosa el haber sido escogidos como testigos de semejante prodigio, pues creyeron en Jesucristo como en el Hijo de Dios anunciado por los Profetas, y aun algunos de ellos, persuadidos de que tenian pruebas con que vencer la mas tenaz incredulidad, fueron á contar á los Fariseos el milagro que acababa de obrar Jesús.

Hubieran convencido á los incrédulos de buena fe; pero solo lograron exasperar á los celosos, determinados por interés y por pasion á no creer prueba alguna concluyente en favor de un hombre cuya perdicion maquinaban. Sabedores del milagro y aterrados de sus consecuencias, los pontífices y los Fariseos reunieron un gran Consejo en el que se resolvió la muerte de Jesucristo. ¿Qué hacemos, se dijeron, y en qué pensamos? Este hombre hace milagros sin cuento, y todo el mundo le sigue. Ellos debian haber sacado esta consecuencia: luego debemos creer en él. Pero no, la pasion nunca discurre bien. Si le dejamos así, dijeron, todos creerán en él, el pueblo le elegirá por rey, y los Romanos vendrán indignados, y destruirán nuestra ciudad y nuestra nacion.

¡Malvados! No les movía á hablar así el interés público, sino el descrédito en que iban á verse con la reputacion y los milagros del Salvador; pero no se atrevían á confesar este interés personal, y trataban de cubrirlo con el velo del bien público. Salió fallido empero su cálculo, y fueron víctimas de todos los males que aparentaban recelar, no por haber reconocido á su verdadero Rey, sino por su obstinacion en desconocerlo. Adoptando su falso razonamiento, uno de los jefes del Consejo, Caifás, sumo pontífice en ejercicio aquel año⁴, tomó la palabra y expresó su opinion en estos términos: Teneis razon; ¿no veís que es interés vuestro que un solo hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nacion? Así pues, Caifás no hacia mas que confirmar lo que acababa de decirse y lo que se habia pretendido hacer temer de la venganza de los Romanos. Su parecer se atrajo todos los votos, y se decidió unánimemente dar muerte á Jesús de Nazareth. Al decir Caifás que convenia que un solo hombre pereciese para salvar á todo el pueblo, expresaba sin saberlo una profecía por la cual se anunciaba que el Hijo de Dios hecho hombre debia ser sacrificado en vez de todos los hombres. El fallo pronunciado por los miembros del Consejo no era menos injusto, y en su odio ciego solo pensaron en apresurar su ejecucion.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya bondad se extendió á todas las necesidades y á todas las edades; conservad en mí la inocencia y el candor de la infancia, ó si tuviere la desgracia de perderlos, recibid con bondad, ó tierno Pastor mio, á vuestra oveja descarriada.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, voy á evitar todo lo que podría escandalizar á los niños.

⁴ Para entender estas palabras del escritor sagrado, que era el sumo pontífice de aquel año, es preciso recordar que Anás y Caifás eran ambos sumos sacerdotes y que lo eran para toda su vida, pero lo ejercían alternativamente. El que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la Expiacion era el pontífice del año corriente; de modo que los miraban como dos pontífices alternativos, no en cuanto á la dignidad que jamás perdían, sino en cuanto á su ministerio que sucesivamente ejercían.

LECCION III.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO TERCERO.

Cúmplense las profecías. — Perfume derramado. — Murmuraciones de Judas. — Entrada en Jerusalem. — Celos de los Fariseos. — Lágrimas del Salvador. — Vaticinio sobre Jerusalem. — Óbolo de la viuda. — Pureza de intencion. — Nuevas murmuraciones de Judas. — Su traicion.

El Consejo que acababa de condenar á muerte á Jesús de Nazareth se componia de todos los hombres de reputacion por su ciencia y por su sabiduría que habia en Jerusalem. Fueron altamente culpables; pero la misma nacion no fué digna de excusa cuando se dejó llevar por la ceguedad de sus pontífices y la furia de su contumaz Sinagoga. Alzábase sobre su autoridad otra mucho mas imponente y que era imposible desconocer: era la autoridad de las obras de Jesús, testimonio divino que debia sojuzgar todos los ánimos. Por otra parte, segun los oráculos mismos de los Profetas, era preciso creer que el Cristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el senado de su nacion; y los violentos medios de la Sinagoga contra su verdadero Rey, previstos y vaticinados como una de las señales con que debia reconocérsele, no formaban, por consiguiente, un errado juicio contra la mision de Jesucristo.

Además, Dios no habia omitido nada para que la mision de su Hijo fuera tan evidentemente creible, que ni pudiera parecer dudosa ni sospechosa á los hombres de recto corazon y de buena voluntad.

Efectivamente, Jesús habia venido al mundo en la época precisa en que se esperaba al Mesías: habia nacido en Belen, de la familia de David, de una Madre siempre virgen, segun el vaticinio de los Profetas; mas de treinta y dos años hacia que solo se dedicaba á perfeccionar todos los dias en su persona el retrato completo del Cristo con su doctrina, su santidad, sus milagros y el cumplimiento literal de las profecías que tenian relacion con su mision divina. Sin embargo, aun no se habia terminado todo, y nos falta verle consumir la prueba que la resurreccion de un muerto de cuatro dias acababa de elevar á tan alto grado de evidencia.

El rasgo decisivo era la muerte del Cristo en la cruz, decretada por la Sinagoga, sufrida de mano de extranjeros, acompañada de circunstancias previstas y verificadas despues de los tres dias de su resurreccion gloriosa, y coronada por su ascension á la derecha de su Padre: era la señal del profeta Jonás, que el Salvador citaba siempre á los